

LA LIGA CATÓLICA DE SEVILLA, 1901-1923

POR

JESÚS MARTÍN-TEJEDOR

Hispania Sacra

JOSÉ LEONARDO RUIZ-SÁNCHEZ, *Política e Iglesia durante la restauración. La liga católica de Sevilla (1901-1923)*, Sevilla, Universidad, 1994, 618 págs.

La acción política de la Iglesia española, en los cuatro primeros lustros del siglo XX, tiene como telón de fondo el anticlericalismo, la creciente secularización de la sociedad, y la tendencia de los sucesivos gobiernos a poner en cobro la supremacía del Poder civil frente al eclesiástico. La insuficiencia del régimen concordatario, lo que es lo mismo, la pérdida de confianza en el derecho público vigente entre España y el Vaticano, abrió paso a la persuasión de que era preciso movilizar políticamente al electorado católico para defender los intereses de la Iglesia desde las instancias parlamentarias y de gobierno. Ya León XIII había indicado este oportuno camino que ofrecían los nuevos tiempos; y el episcopado español se aprestó a poner por obra la idea pontificia de la unión de los católicos para las luchas electorales.

En este movimiento político del catolicismo español se encuadra la Liga Católica de Sevilla, promovida por el cardenal Marcelo Spínola, a quien se debe también la fundación del periódico *El Correo de Andalucía*, subtítulo *Diario Católico de Noticias*. La causa de la unión de los católicos tendría que sortear variados escollos, empezando por el ataque al sistema de la Restauración, que suponía la aparición de una nueva fuerza política distinta de los dos partidos turnantes: el liberal y el conservador. Por otra parte la mayor tradición política de los partidos carlistas e integristas —unida a su inveterado reflejo de uso y abuso de los resortes católicos para sus luchas partidistas— impedía o dificultaba la organización de una fuerza católica que se propusiera tan sólo la defensa de los intereses de la Iglesia.

La presente obra estudia las relaciones entre estas fuerzas políticas, especialmente a efectos electorales, así como la actuación de la jerarquía, orientando a todos los católicos hacia una acción política mancomunada, para defender los intereses de la Iglesia.

El autor distingue tres períodos bien diferenciados:

La Iglesia en la Encrucijada
Hispania Sacra 49 (1997)

1º, desde finales del siglo hasta los años 1906-1907. Se caracteriza por la presencia activa del cardenal Spínola y la influencia anti-liberal de carlistas e integristas, bien entendido que, para éstos, hasta los propios conservadores pertenecían sin distinciones a la ideología liberal y no se debía contar con ellos para la defensa política de los intereses de la Iglesia.

2º, hasta los años 1914-1915. La venida del nuevo nuncio Vico, con precisas Instrucciones del Vaticano, y la sucesión de Spinola en la persona del prelado Almaraz y Santos orientaron la acción política hacia una mayor presencia en el campo social. Por otra parte, la radicalización anticlerical del partido liberal y la derechización de los conservadores hicieron apremiante el plantearse, como criterio práctico, la evitación de la llegada de los liberales al poder. La aceptación de la doctrina del "mal menor", unida al hecho de que los conservadores de Maura se ostentaban como claros defensores de la Iglesia, permitió una mayor colaboración entre las fuerzas católicas para una acción electoral que debilitara al Partido Liberal. En este período, la actividad de los católicos, coordinada desde el Centro Católico de Sevilla, contaba con la Liga Católica, el periódico *El Correo de Andalucía* y el Centro Obrero del Sagrado Corazón, este último inspirado en los Círculos Católicos del P. Vicent y del también jesuita P. Palau. El incremento de la acción de los jesuitas tuvo como consecuencia el resurgimiento de las juventudes católicas, movimiento que entroncaba con la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, fundada en Madrid por el P. Ayala.

3º, desde 1914 hasta 1923. La vuelta al Gobierno del Partido Conservador, bajo la presidencia de Dato, aflojó aquella cohesión de los católicos que se había producido como reacción frente al anticlericalismo del partido liberal instalado en el poder. Por otra parte, mauristas y datistas constituyeron una nueva división en el Partido Conservador. Pero la vuelta al Poder de los liberales, comandados en Sevilla por Pedro Rodríguez de la Borbolla, urgía de nuevo la unión de los católicos, propiciada ahora por el creciente atractivo del maurismo, tanto las fracciones conservadoras, como para el periódico *El Correo de Andalucía*, para los Propagandistas, y a la postre para la propia Liga Católica de Sevilla. Se trataba ahora de una unión electoral con Maura de más amplia perspectiva, en la que la preocupación explícitamente religiosa quedaba subsumida en una "unión de las derechas" que comportaba también un propósito de regeneración social y política. Esta confluencia de fuerzas produjo el mayor esplendor de resultados: en 1918 y en 1919 las fuerzas de derecha consiguieron representación parlamentaria en Madrid, y en la Diputación y Ayuntamiento sevillanos. La muerte en 1920 de Manuel Rojas Marcos, principal dirigente político de la Liga, la fragmentación del maurismo y la preponderancia en lo social de la Confederación Nacional Católico Agraria, llevaron a los católicos a un entendimiento con el recién llegado Partido Social Popular, con el que afrontaron una nueva etapa en colaboración con el régimen de Primo de Rivera.

La lectura de esta tesis sobre la Liga Católica de Sevilla en el primer cuarto del siglo XX nos ha producido dos impresiones dominantes.

La primera de ellas afecta a lo sustancial de la obra, y es la impresión de admiración por una pesquisa rigurosa, exhaustiva con respecto a fondos archivísticos cuya localización y uso ha sido de especial mérito, pulcra en su línea cronológica, bien contextualizada en el conjunto de los movimientos sociopolíticos del catolicismo español. A decir verdad, esta

La Iglesia en la Encrucijada
Hispania Sacra 49 (1997)

última característica es la que da a la obra, y al tema, una impostación nacional que desborda, con mucho, el ámbito de la historia local y constituye un paradigma de la influencia que sobre dichos movimientos sociopolíticos tuvieron los prelados y la Santa Sede. La obra es, también, ambiciosa en cuanto a precisiones cuantitativas, tanto en lo electoral como en la militancia activa. Quizá en esta ambición cuantitativa radica la causa de la prolijidad a que en seguida habremos de referirnos. El texto va siempre redactado con un lenguaje eficaz, sobrio y notablemente claro. No recordamos haber tenido que releer ningún párrafo para su cabal intelección, cosa no desdeñable para los tiempos que corren, incluso en la profesión. En una palabra, en todo momento se tiene la impresión, respecto al autor, de que estamos ante un verdadero profesional de la historia contemporánea española mucho más que ante un doctorando.

La segunda impresión afecta al enfoque expositivo y ha sido la de aburrimiento en una gran parte de la obra, especialmente la dedicada al análisis electoral y a la evolución de los diferentes partidos y grupos políticos en la época historiada. Quizá sea una frivolidad poco juiciosa invocar el aburrimiento como categoría contante en la peripecia de un recensionador, que es también colega y debe suponérsele, por tanto, un apasionado interés por todo lo que constituya un aporte en su materia. En realidad, cuando hablamos de aburrimiento no tanto queremos decir que la obra no es recomendable a los amigos para sus vacaciones en la playa, sino que, en toda esa parte a la que nos referimos, hay una constante sensación de estar leyendo algo *déjà vu* o estar percibiendo una versión literaria del bolero de Ravel, con la consiguiente merma en la intelección del conjunto.

Por supuesto que el autor no tiene culpa alguna de que las peripecias electorales y los acercamientos o alejamientos entre los diversos grupos políticos y apostólicos fueran como fueron, es decir, configurando una secuencia casi repetitiva con ligerísimas variantes; pero es que, incluso en un libro científico y riguroso, hay unos imperativos de eficacia expositiva, que no pueden descuidarse sin merma de una fructuosa percepción del conjunto por parte del lector, incluso de un lector que es también colega.

Esta última observación tiene mucho que ver con el hecho de que la presente obra es el fruto de una tesis doctoral y nos lleva de la mano a plantearnos una cuestión metodológica o formal cuya respuesta no nos parece del todo baladí: cuando se publica una tesis doctoral; ¿goza ésta de un estatuto particular para su comprensión como libro?

En realidad la comprensión va referida al autor y aspirante a doctor, de quien se supone que está poseído por el afán de mostrar y demostrar que llega hasta el ápice su capacidad de análisis, que todos los datos han sido tenidos en cuenta, que ninguna afirmación carece del debido aparato probatorio, que ninguna fuente o publicación pertinente ha escapado a su ojo avizor, que todos los documentos cuya literalidad ilustra el tema *ad abundantiam* han sido recopilados en copiosos apéndices. En realidad es un afán loable, pero ¿debe suponerse que una tesis doctoral ha de resultar un libro de peso y que debe, por tanto, comprenderse con resignación el que sea pesado?

No pocas editoriales, atentas a la condición venal del libro, solucionan la cuestión imponiendo al autor modificaciones, simplificaciones y alivios para el lector, que convierten el texto académico en una especie de ave desplumada, al tiempo en que contribuyen a la extendida persuasión de que una cosa es la tesis doctoral y otra su publicación como libro. Este dualismo tiene como consecuencia que, cuando se dispone de financiación institucional o pública y a la entidad editora no le urgen los retornos por ventas, al aspirante a doctor se le permite publicar la integridad de su tesis en una obra que, más que un verdadero libro

La Iglesia en la Encrucijada
Hispania Sacra 49 (1997)

de historia, viene a ser un voluminoso informe, con toda la exhaustividad y rigor que se quiera.

Hay que reconocer que cada día son más numerosos los miembros de tribunales de doctorado que rezongan contra las tesis que han de transportarse hasta el salón de grados poco menos que en carreta. Y es que una tesis doctoral en Historia —en general en casi todos los dominios de las Humanidades— debe plantearse como un libro científico, es decir, como un reglado instrumento de transmisión de nuevos conocimientos a la comunidad científica correspondiente. Esto no significa en modo alguno que el libro científico deba ser inaccesible para un público de “atentos lectores”, como puede demostrarse por el hecho frecuente de que rigurosas monografías, especialmente de historia contemporánea, alcancen un suceso calificable de *best seller*, si es que podemos hablar así en nuestro menegado mercado editorial. En realidad —permitásenos la insistencia— lo primero que tiene que demostrar un doctorando es que es capaz de escribir un libro científico. Tan es así que el propio proceso de graduación como doctor ha venido teniendo como penúltimo requisito la publicación de la tesis. Ahora bien, un libro de historia, para ser científico, debe plantearse en aquel nivel de abstracción significativa que permite alumbrar aportaciones historiográficas penetrantes, contextualizadas y de una cierta globalidad o predicabilidad. No se puede hablar de cada árbol para ilustrarnos sobre un bosque. Y cuando se consigue ese nivel de abstracción significativa, rara será la monografía que no quepa en unas buenas 400 páginas.

La presente obra sobrepasa esas discrecionales dimensiones, y, a decir verdad, hay que reconocer que tal y como ha salido es más valiosa, siempre que la consideremos, más que como un libro, como un informe con finalidades de consulta detallada.

Cuanto acabamos de decir sobre los aspectos expositivos tiene también una cierta relación con una cuestión de fondo de la que ya nos advierte el propio autor al comienzo de su obra. El aburrimiento de que antes hablábamos se produce, también, porque a lo largo de la obra falta encarnadura biográfica, trastienda de grupos e intereses, dinámica social, en definitiva, el “por qué” de lo que pasa. Esto no lo decimos como reproche, dado que el propio autor percibe esta carencia, cuando explica la razón de su linealidad cronológica. Echa en falta estudios biográficos de personajes, de interioridades funcionales de las instituciones católicas, etc., etc., pero se siente legitimado para seguir adelante porque, con toda justicia, es consciente del enorme trabajo realizado en sus búsquedas archivísticas, periodísticas y de variadas fuentes impresas, y de lo valiosa que es su aportación como crónica externa y lineal de la política católica de ese período. Quisieramos saber más acerca de González Merchant, de Monge Bernal, de Rodríguez de la Borbolla, de Medina Togores, de Rojas Marcos, del marqués de Torrenueva, etc., etc., pero, como dicen los ascetas, no todo han de ser satisfacciones en esta vida.

La Iglesia en la Encrucijada
Hispania Sacra 49 (1997)